

UNGLER, FRANZ, *BRUNO LIEBRUCKS* “*SPRACHE UND BEWUSSTSEIN*”, 566 PP., FRIBURGO-MUNICH, 2014: ED. MAX GOTTSCHLICH.

Prof. Dr. Max Maureira¹
Universidad de Hagen, Alemania

Sin duda Franz Ungler (1945-2003) es un autor desconocido para cualquier lector hispanohablante. La situación para un lector germano no es, sin embargo, muy distinta. Ungler publicó poco en vida. A diferencia suya, Bruno Liebrucks (1911-1986) es bastante más conocido entre nosotros, pues, algunas de sus obras se han traducido, aunque no la paradigmática, que Ungler comenta: *Sprache und Bewusstsein* (Lenguaje y conciencia). Max Gottschlich, el editor, dedica por ello una larga exposición a la vida y obra de ambos, que, además de valiosa, es por esto mismo útil. Quizás debido a que coincidió en época y lugar con Adorno y Horkheimer, Liebrucks, pese a su producción generosa, tuvo menos repercusión. Como sea, contó con varios discípulos, entre ellos uno traducido, que redacta el prefacio de estas lecciones: Josef Simon. A *Sprache und Bewusstsein*, título de siete volúmenes, consagra Ungler, pues, las lecciones que se revisan aquí.

Si el ejercicio del pensamiento está siempre vinculado a una tradición, como afirma Ungler, entonces no debe ser trivial que ambos compartan una: la dialéctica. Cualquier alusión a otra, en especial al materialismo dialéctico y a la filosofía analítica, se hace desde este supuesto común. Así entonces, Ungler hilvana su intervención en 14 lecciones, que se perfilan en tres partes: una dedicada sobre todo a Kant, otra a *Von der Koexistenz zum Frieden*, otro texto breve de Liebrucks, y una tercera a Hegel, a la *Ciencia de la lógica*. Con respecto a los presupuestos compartidos, ambos se concentran en el lenguaje, que entienden no como un objeto, sino como un medio. Aquello dicho respecto al lenguaje, se dice ya en medio de él, quedando presupuesto éste en lo dicho. A efectos de abordarlo, ambos arrancan desde la lógica, que versa sobre la autointerpretación del pensar, sobre la unidad de ser y pensar, sobre este captarse del pensar en su propio desenvolvimiento, que Liebrucks presenta en tres momentos o *revoluciones* del mismo: a) una, la transición del mito al logos, presente ya en Parménides, coronada en Platón, quien consume la lógica formal, cuyo paradigma es el silogismo, a saber, un modo de exactitud, la matemática, de la que ni uno ni otro reniega, sino que considera en cuanto momento de la otra revolución: b) la que representa la lógica trascendental, asociada al

¹ Instituto de filosofía. Investigador del Centro de filosofía clásica alemana (CEFICLA) y docente de la Universidad Diego Portales, Chile. E-Mail: maxmaureira@yahoo.com



nombre de Kant, que indaga las condiciones o presupuestos de la primera, la formal. Versa, pues, sobre la forma, sólo que este contenido no es considerado en acto. A resultas de ello, la escisión de forma y contenido es criticada en un tercer momento o revolución, a saber, c) la lógica especulativa, que se refiere a los presupuestos de la trascendental y que tiene como representante eminente a Hegel. Aun de modo muy general, adviértase que el núcleo de estos tres momentos está dado por el problema de la unidad de lo particular y lo universal (*methexis*). En este contexto, con la apertura por parte de Platón de lo otro (*alteron*) se arriba a la contradicción, enfatizada por Hegel como centro de lo especulativo, siendo Kant un hito este despliegue. Conviene advertir, todavía, que a partir de Kant, como enfatiza Ungler, lo lógico no sólo se considerará desde el lenguaje, sino también desde lo matemático, y así, por una parte, se pondrá el conocer, la producción de la objetividad, como lo eminente, pero también, por otra, se lo pensará desde lo pensado, abriendo con ello dos tradiciones muy distintas.

Liebrucks y Ungler comparten, y con esto entramos en los presupuestos compartidos, aquella comprensión del logos en virtud de la cual éste no es un objeto referido, como se ha indicado, sino uno en el que se está, es decir, logos es una mediación de la que cada uno no es más que un momento. Con este énfasis, ambos ponen en evidencia que el pensar no es automático, sino una mediación viva, no programada. Siendo así, el problema central de la relación entre lo general y lo particular no puede referirse nunca a una subsunción en algo universal exterior, sino a un todo universal interior. Si ya desde el Platón tardío la unidad de lo particular y lo universal, lo uno y lo mucho, lo ideal y lo real es en lo que consiste la realidad, en el entendido que estas dicotomías, hechas efectivas, son lo que la configuran, entonces, más tarde, con Hegel como trasfondo, se perfila con mayor claridad la tradición a la que Liebrucks y Ungler pertenecen. Siendo asunto central de esta tradición, pues, que se remonta a Parménides, la unidad del ser y del pensar, la cuestión es no obstante saber ahora a qué se refiere Liebrucks con esta otra unidad, que da título a su obra principal: lenguaje y conciencia.

Allí donde el lenguaje no es entendido como una capacidad, como una habilidad o herramienta propia del hombre, sino como aquello en lo que el mismo hombre consiste, no puede haber, a decir de Liebrucks, ni yo, ni mundo, ni nada fuera de él. Antes, ya en Humboldt, Liebrucks advierte que la realidad del pensar es la del lenguaje, la sensibilidad del pensar se da como lenguaje. El lenguaje es el movimiento que va del habla a lo dicho, estando el pensar consigo mismo en el lenguaje. Cuando Hegel afirma más tarde que lo real es racional y lo racional real, no afirma nada muy distinto. Ahora bien, la mentada unidad de lo universal y lo individual es el trasfondo del título de la obra de referencia de Liebrucks, referida con este término: "Bewusst-Sein". Con esto lo mentado es que el todo asoma en

uno de una manera cada vez nueva, deviniendo así cada uno el que sea, no por su nacimiento, sino por el lenguaje, que constituye, según advierte Ungler en la primera lección, y reitera más tarde, la realidad del pensar. Con realidad, lo referido por esta tradición es lo efectivo (*Wirklichkeit*, y no *Realität*), algo vivo, en acto, no una suma de signos, tampoco un medio, sino, y dicho aún de otro modo, la mediación misma o, en palabras de Liebrucks, la unidad de la conciencia, de ser conciente (*bewusst*) y ser (*Sein*).

Aquello que es (*Sein*), es en la medida en que asoma en cada uno sabido (*bewusst*). Con estas indicaciones generales, Ungler se concentra a partir de la tercera lección en Kant, o sea, en el segundo momento revolucionario del pensar. Ahí reitera esto: que Kant es el eje de dos tradiciones. Ciertamente, la razón no es ninguna capacidad de conceptos, sino, dice Kant, genera principios. Por tanto, el entendimiento, que es el capaz de conceptos, inevitablemente está limitado por la experiencia posible. O sea: la razón, los principios regulativos ponen en movimiento las determinaciones puestas en el mundo. El mundo de la positividad es, de este modo, presupuesto junto a lo negativo. Queda en el centro la idea, pero no en cuanto existencia, sino meramente en cuanto despliegue del principio. O más preciso: ni Dios, ni mundo, ni alma tienen existencia, sino que son puestos o positivados por nosotros. Con esta *posición absoluta*, como ambos le llaman, se trata, pues, de la realidad (*Wirklichkeit*) de la idea o, dicho con Hegel, del concepto. Algo fuera del concepto, sólo es tal dentro de éste. Que de aquí se sigan dos tradiciones, se debe a lo siguiente. La forma lógica se ocupa del conocimiento de objetos, de objetos de apariencia (*Realität*), no de lo real (*Wirklichkeit*), los considera desde la positividad, desde lo real (*reell*), y no desde lo real efectivo (*wirklich*). Así entendido, el pensar, en cuanto objeto, es pensado desde lo pensado, y no desde el pensar mismo. Advirtiendo las consecuencias que esto supondrá, Ungler introduce, en la misma tercera lección, de modo no casual, referencias a *Von der Koexistenz zum Frieden*, de Liebrucks, cuyas resonancias kantianas son evidentes. Con coexistencia lo referido es la coexistencia conjunta de lo positivo y lo negativo, es decir, la contradicción, constitutiva de la realidad efectiva. Si lo constitutivo del lenguaje, es decir, de la realidad del pensar, es una conversación, entonces en lo realizado mediante él hay un compartir, realidad efectiva en la que se concentra Ungler. Anuncia así el núcleo de la segunda parte de sus lecciones, dedicada a la filosofía práctica de Liebrucks, referida con intensidad desde la lección sexta.

Cada algo puesto, supone su opuesto. A este movimiento consagra Hegel, como se sabe, la lógica de la reflexión. Abstractamente considerada, la identidad de algo lleva a la igualdad. Uno dice, por ejemplo, la rosa es roja. Aquello puesto de manifiesto con lo rojo es una unilateralidad o determinación que se formula, que se pone: hay rojo. Con esta determinación, o cualquiera otra, asoma entonces



un momento del lenguaje: rojo. Que sea captado como conocimiento, es lo propio de la lógica formal. A partir de Kant, esta lógica es la condición de posibilidad de la objetualidad de los objetos así mentados. Con todo, el mundo de los objetos no es, ya por esto, nuestro mundo, pues el conocimiento de la positividad del mundo es distinto de la realidad. Conocer lo que aparece, v. gr. los objetos, que ellos sean tales, en la medida en que se nos aparecen, es distinto, en efecto, a que esto, la apariencia, sea la realidad. Pues bien, Ungler critica a Kant con esta distinción, una distinción que, según él advierte, tendrá como consecuencia dos tradiciones, la analítica y la dialéctica, de donde se siguen énfasis prácticos también muy distintos. Al abordar la libertad, enfatiza entonces Ungler, Kant no lo hace considerándola realmente (Realität) posible, tampoco como la calidad de algo, sino más bien como un factum; ella se pone como ley moral, de modo que para el hombre, desde la esfera práctica, es un principio del actuar. Si, en cambio, se la piensa desde lo actuado, el actuar considerado no puede ser el mismo. Liebrucks enfatiza por ello que con la ley moral, con el deber o con lo bueno, no se trata de ningún principio no realizado (Realität), sino del principio ya realizado (Wirklichkeit), presupuesto en el mismo lenguaje. Con esto, el énfasis está puesto en la contradicción, en la medida en que es ella lo constitutivo de la realidad efectiva. Ungler afirma entonces, con Liebrucks, que actuar en el lenguaje quiere decir esto: recorrer la presentación de la experiencia de lo real (wirklich). O sea, respecto al actuar, la actuación no es un mero medio en pos de un objetivo, sino mediación, es un momento constitutivo de la misma. Éste es el hilo conductor aquí, en el análisis de *Von der Koexistenz zum Frieden*, a partir de la lección séptima y hasta la décima. Quien pone la paz, pone, pues, la guerra, asumiendo la contradicción supuesta en la misma, de modo que el factum de la razón no consiste en lo unilateralmente puesto, sino en la contradicción que comporta, de la que uno no se deshace mediante abstracciones o generalizaciones, que no son nada, o acaso un símbolo. Consiguientemente, con esto no se traduce de un lenguaje a otro distinto, afirma Ungler, sino que se reemplaza, se sustituye el pensamiento, el logos, el lenguaje, por la matemática. Actuar en medio del lenguaje supone, en cambio, una transición permanente, una mediación continua de sus momentos.

A partir de lo anterior, Ungler confronta su tradición no sólo con la analítica, sino también con el materialismo dialéctico. Con la historia de la filosofía, afirma entonces, lo explicado es, desde Parménides, lo inmediato. Ahora no se trata de enfatizar lo abstracto. Pues, bien visto, hay lo uno en la medida en que hay lo otro. Por eso, si sólo se enfatiza lo inmediato, lo concreto, como hace el materialismo, entonces, tratándose del hombre, el énfasis sólo puede estar puesto en lo natural o biológico. Con este giro, que Ungler llama antropológico, los hombres así entendidos devienen meros seres vivos, siendo éste el núcleo de la comprensión que inaugura Feuerbach y profundiza luego Marx. Con ello se separa

lo general de lo particular. Ahora es el hombre, y no, dicho con Hegel, la idea la que actúa. Se rompe, pues, visto desde éste, la eticidad, la unidad del concepto y de su realidad efectiva. Al igual que en Platón, la idea deviene lo general, sin correspondencia con lo real, resultando lo general lo objetiva o materialmente real. Objetivo es ahora lo inmediato. A este reino de la objetividad le es intrínseca, advierte Ungler, la mecanicidad, que tiene como consecuencia práctica convertir las acciones en producciones. Como cada producción está referida a estructura, a mecanismo, la acción resulta remitada, en efecto, a un fin que se presenta en relación con los medios necesarios para su realización, siendo, en suma, y dicho desde un horizonte griego, poesis, no praxis. Acabada esta confrontación, a partir de la lección décima, y hasta la décimo cuarta, Ungler desmenuza el análisis de Liebrucks referido a la doctrina del ser, la esencia y el concepto, concentrándose así en el interpretado tercer momento revolucionario: Hegel.

Considerados desde el positivismo, los hechos son también puros, como ocurría con el lenguaje reducido a símbolos o señas. Con lo cual, abstraídos los hechos y el lenguaje, carecen de valores, de fines. Hegel, en el sentido de un ideal, podría representar el conocimiento perfecto, pero esto sería un malentendido de esta comprensión. Justamente con este realismo ingenuo se relaciona la doctrina del ser. A este nivel, en rigor, nada está dicho, nada está puesto ni determinado, más que por signos. Se trata aquí, a decir de Ungler, de prótesis de los mismos. A diferencia suya, una lógica desde el lenguaje, del modo en que Liebrucks la entiende, se remite a su génesis lógico-interna, advirtiendo, de este modo, que lo que se entiende como lógica formal no es más que un momento abstracto del mismo lenguaje. Así entonces, con ser, en el que Ungler entra de lleno en la lección undécima, lo referido es, desde Hegel, el concepto en su inmediatez, el contenido de lo ente. Ser es todo, pero quien dice todo, dice nada. Pues bien, propio de la filosofía es ocupar una posición intermedia, asomar como un tercero. Comenzar con el ser es hacerlo entonces con la realidad efectiva. Así, este ser puro, este pensamiento puro, esta intuición pura, es la nada puesta que, según Ungler, se reduce a cópula con Kant, a saber, en el juicio.

Con esto no se sugiere una especie de pureza lógico-formal, al modo de las implicaciones, predicaciones o relaciones de modalidad, sino que, a partir de ahora, el ser queda unido a la conciencia. Consiguientemente, en la medida en que todas las distinciones son nada, en que consisten en ella, afirma Liebrucks, son apariencia. Por cierto esto ocurre también con el término *ser*. Considerarlo exige sobreponerse, entonces, a las distinciones, puesto que, en tal caso, lo referido no sería más que su exterioridad. Aquello que Ungler, siguiendo a Liebrucks, se afana por ir aclarando entonces es, como se advierte, el comienzo de la *Ciencia de la lógica*, que Hegel consagra a un ser indeterminado. No es, a propósito, que el ser sea sinónimo de algo indeterminado, no. Ocurre más bien que es igual a sí mismo, siendo lo que se expresa



con “indeterminado” determinaciones de su esencia. Con lo cual, ser y nada están en una relación estrecha con ser y esencia. Ambos se reflectan. Cuando uno se refiere a lo indeterminado, profundiza Ungler, ya expresa algo, a saber, una diferencia, que se abre mediante la expresión, y que consiste en una contraposición, que Aristóteles advertía como la suprema. Hegel, que conoce esto, no sugiere sin embargo ningún hypokeimenon o sustrato, sino que se concentra en el hecho de ponerlo. A esto se refiere la esencia. O sea, no se trata de A o no A, sino de un tercero, el sustrato, el sujeto que se presupone en lo determinado. Con la unidad de ser y nada lo referido es, de este modo, lo más abstracto, la contradicción, que no se opone a la tautología, por cuanto esto supondría la fijación de la separación. Ocurre entonces que el comienzo es puesto mediante una determinación, la más abstracta, a saber, el ser en cuanto indeterminado. Ambos, Liebrucks y Ungler, siguiendo a Hegel casi al pie de la letra, coinciden por ello en que con esto no se trata de una transición desde la nada al ser, sino que el ser es la transición, el estar en transición. Considerar, con la lógica formal, que de una tautología es imposible arribar a algo, por cuanto de nada no se llega a nada, siendo aquí la nada una negación de negación, algo afirmativo luego negado, soslaya que la determinación devenida es la ya supuesta.

Con todo esto, Liebrucks y Ungler no presentan a Hegel, sino más bien lo interpretan, contraponiéndolo a otras tradiciones que, apropiándose, pasaron por alto los presupuestos que ellos quieren poner de manifiesto. Por eso en el análisis de la lógica de la esencia no es raro que Ungler aclare que con la reflexión, esto es, con el reflectar del ser, no se trata de ningún género. Cuando el ser asoma de modo inmediato, lo que asoma, lo que se refleja, es su apariencia, es la inmediatez de su esencia, correspondiéndole a la lógica de la reflexión hacerse cargo de este reflectar del mismo ser, asomado en la determinación de la indeterminación. A la luz de estas observaciones se comprende mejor ahora en qué sentido Liebrucks mienta, con el lenguaje (Sprache) y con la conciencia (Bewusst-sein), la identidad de aquél con ésta y que el “y” del título, la conjunción, quiere decir que el ser y la apariencia están en el mismo nivel, que son momentos consustanciales de lo mismo. Es decir, con el lenguaje lo referido es la asunción de la realidad, o, dicho con Kant, lo real-ideal. Aquello en lo que consista el ser, está, en definitiva, en la apariencia, es producto de la reflexión, del reflectar, vale decir, es la imagen. Con lo cual, el ente no es el ser, sino su apariencia, y el movimiento de la reflexión consiste en ponerla como esto o lo otro. Si la esencia de la apariencia, aquello en lo que ella consiste, es la contradicción, si ésta es lo constitutivo del movimiento del pensar, entonces el mundo de la positividad es su arranque, y lo que se propone la lógica de la esencia es poner en movimiento, evidenciándolos, los presupuestos de tal arranque, asumido que lo propio de todo movimiento del pensar es este evitar y producir la contradicción. Cuando, a diferencia de esto, la lógica formal se

esfuerza por evitarla, recurriendo a metalenguajes, no hace sino ponerla un nivel más arriba, pero en modo alguno rinde cuentas de la contradicción supuesta en ello. Con la lógica de la esencia se abandona, en suma, lo inmediato, remitido en ella a su génesis, indagándose entonces, concluye Ungler, la transición constitutiva del ser, esto es, no a) o b), no un ente, sino el entre, la unidad de lo distinto, esa unidad que Kant mienta con el *sensus communis* articulado mediante la imaginación productiva. Acaso algo más sobre la contradicción, sin duda importante. Que todas las cosas sean en sí contradictorias, que tengan en sí la contradicción, no quiere decir que se contradigan, o sea, que, por una parte, haya contradicción aquí dentro y, por otra, allí fuera, al modo de antagonismos de fuerzas, sino que lo constitutivo de cada cosa es ser, intrínsecamente, lo que no es, movimiento este del que, y acaso sea esto su mayor dificultad, no hay representaciones, es decir, algo puesto.

Ungler dedica pocas páginas a la lógica del concepto, en la que se concentra en la lección décimo cuarta, la última. Concepto quiere decir unidad de lo universal y de lo particular. Así como lo universal transita a lo particular, así lo particular a lo universal. Aquello que nos dificulta entender esto es el espacio entre uno y otro, la transición entre uno y otro, en una palabra, la representación espacial. Quizás, tras este recorrido, uno se pregunta qué es lo nuevo aquí, en Liebrucks, en Ungler, qué hay en ellos que no haya dicho Hegel y, consiguientemente, por qué el primero parece tan digno de atención de parte del segundo, tratándose sólo de una interpretación, una más entre muchas. Ungler lo dice de paso: no hay nada nuevo, sino interpretaciones de lo mismo. Sobre ello viene insistiendo en nuestros días, por ejemplo, la hermenéutica, pero, como se advierte, no sólo ella.